

Coseriu. En el tercer capítulo del libro el autor lleva a cabo una aproximación a la teoría lingüística y al proceso de investigación del lingüista rumano, para quien la concepción filosófica determina la delimitación de los objetos específicos de la ciencia así como también la configuración del propio corpus científico. Coseriu acepta el modelo epistemológico de la fenomenología para el estudio de las actividades humanas, la lingüística entre ellas, definida por el saber originario como conocimiento previo y determinante del proceso investigador. La investigación empírica tiene un carácter instrumental de rectificación de ese conocimiento ante-predicativo. En resumen, Bernardo sostiene que la construcción de la lingüística conlleva establecer el soporte filosófico e ideológico que determinan la comprensión global del lenguaje en los diferentes paradigmas y realizar una operación eminentemente epistemológica que sitúe a la lingüística dentro del modelo pertinente de ciencia. La construcción de la lingüística es, pues, como indica el título del libro, un debate epistemológico.

Este trabajo, reconoce el propio autor, “alberga, sin duda, los vicios y virtudes que tiene normalmente cualquier investigación llevada a cabo con motivo de la realización de una tesis doctoral” (14). Este hecho, sin embargo, no resta méritos a una obra que consigue acercar a los lingüistas el problema del establecimiento del estatuto epistemológico de la lingüística, problema que hasta ahora sólo se había discutido entre filósofos.

Carmen Llamas

GONZÁLEZ GARCÍA, Luis. *El adverbio en español*, La Coruña: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Coruña, 1997. 394 pp. (ISBN: 84-89694-32-X)

Constituye un tópico afirmar la escasa o nula atención que ha recibido en la tradición lingüística el adverbio, en lo que se refiere tanto a su delimitación frente a las demás clases de palabras como a su funcionamiento sintagmático; y en este lugar, en el que la ausencia de sistematización y coherencia son, en ocasiones, denominador común, aparece la obra del profesor González García por medio de la cual pretende evitar que el error y la confusión tomen cariz de verdad en el ámbito del adverbio.

*El adverbio en español*, versión de la tesis doctoral del autor que ahora ve la luz en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Coruña, consta de un preámbulo —quizá en exceso escueto— y cuatro capítulos, además de las conclusiones y la extensa bibliografía que cierran el volumen. Precisamente debido a su carácter primario, el libro comienza con una revisión de “la concepción, metodología, procedimientos de descubrimiento y definición de las clases de palabras y el valor de los distintos criterios utilizados para su sistematización” (12): no se traza aquí una historia de las discusiones acerca de las diversas teorías lingüísticas, sino que únicamente se pretende conducir al lector hasta el modo en que va a ser enfocado el estudio. Así, se propone una clasificación de las “clases de palabras” —no de las “partes de la oración”— en torno a una serie de rasgos distintivos, sostenidos a lo largo de la tradición gramatical, tales como la capacidad para ser núcleo de un sintagma, la posibilidad de actuar como enunciado o su valor como argumento del verbo. Dichos rasgos sirven, además, como pauta para una primera clasificación binaria del adverbio: adverbios anominales —coincidentes en gran medida con los adverbios nocionales de Alarcos— y adverbios nominales, esto es, adverbios bien con base lexemática —los formados sobre una base adjetiva y los formados simplemente a través de la inmovilización de los sufijos de género y número de los adjetivos correspondientes (hablar claro, trabajar duro, etc.)—, bien gramaticales —los adverbios de orientación y todos los pronominales—.

Pergeñada la que será, en la parte final del libro, la clasificación tipológica del adverbio, se dedica el capítulo segundo a trazar un análisis de las definiciones que se han hecho del adverbio, análisis que no se rige exclusivamente por el criterio cronológico, sino que se refiere, en un primer momento, a la “gramática tradicional” y, en un segundo instante, a las escuelas más representativas de la lingüística moderna: la gramática de corte estructuralista y la gramática generativa. De esta exposición el autor constata dos hechos: de un lado, las intuiciones de la tradición gramatical siguen, en gran medida, vigentes —la cuestión acerca de si el adverbio es una categoría independiente o forma parte de otra categoría superior es un viejo problema que se remonta en español hasta Nebrija—; de otro, los desarrollos internos de las diferentes teorías gramaticales tienden a converger (todas las escuelas han sido reticentes a tomar en consideración nuevas funciones adverbiales: piénsese por ejemplo en las gramáticas académicas; o en la gramática generativa, que hasta el surgimiento de la teoría

de la x-barra apenas se dio cuenta de la existencia de la modificación del adjetivo, del adverbio o de las unidades inferiores a la cláusula).

El tercer capítulo resuelve el comportamiento de las unidades adverbiales. En este punto, resaltada la disparidad que existe entre las numerosas funciones que desempeña el adverbio, el autor efectúa una clasificación minuciosa de ellas: modificador del verbo (complemento circunstancial, suplemento, complemento adverbial, atributo, complemento predicativo, etc.), modificador de adjetivos o de otro adverbio (un apartado que se dedica casi en su totalidad a casos tan controvertidos como “mar adentro” o “tres días antes”), modificador de sustantivos, modificador de frases exocéntricas (demasiado a la ligera), modificador de cláusulas y oraciones; y no se ocultan tampoco los diversos valores del adverbio en tanto que enlace extraoracional. En todas estas funciones, tan diversas, se apunta, en cambio, una cierta especialización: un tipo de adverbio predomina en un tipo de incidencia sintáctica.

Finalmente, se aborda la más delicada —a la vez que ambiciosa— tarea: la clasificación de las abigarradas unidades adverbiales. Dicha clasificación, con pretensión de homogeneidad y exhaustividad, retoma los rasgos distintivos comentados en el capítulo inicial: se rechazan, de este modo, los tradicionales valores semánticos (tiempo, lugar, modo, cantidad, afirmación, negación y duda) como criterios para la clasificación de aquellas unidades.

Todo lo anterior desemboca en una respuesta concreta a una pregunta compleja: ¿es posible considerar el adverbio como una clase de palabras? Frente a quien opina que el adverbio forma parte de la macrocategoría “nombre” —debido, fundamentalmente, a la capacidad del sustantivo, del adjetivo y del adverbio para ser núcleo de un sintagma—, el autor sostiene que el adverbio constituye una categoría aparte; aunque se trata, insiste en más de un lugar, de una categoría amplia y heterogénea —en realidad, una hipercategoría— que viene definida genéricamente por su invariabilidad, desde el punto de vista formal, y por su capacidad para ser núcleo de un sintagma, desde el punto de vista funcional.

En definitiva, el trabajo del profesor González García se configura como un estudio riguroso y documentado con el que se pretende poner un punto y aparte al déficit de atención —cada vez menor, por otra parte— que ha padecido el adverbio.

Óscar Loureda Lamas